

# Bianca



Eduardo  
Kovalivker

**EDUARDO  
KOVALIVKER**

**BIANCA**

 **Planeta**

# Capítulo I

Corría el verano de 1997 y yo había sido invitado a la Universidad de Bari por Massimo Ravelli para dar durante tres días cursos de poesía. Él era profesor de la casa, excelente traductor, buen poeta y amigo.

Mi querido Ravelli, amante de la poesía y estudioso de la vida de los poetas, había organizado esos encuentros de verano en la universidad abiertos a cualquier persona que quisiera acercarse a los claustros. Acepté por dos motivos, el primero porque me gusta leer mi poesía rodeado de gente joven, y el segundo y más importante, porque yo ya había estado en Bari y las estudiantes italianas me fascinaban. Esas mujeres del sur tenían desparpajo para hablar y una tremenda sensualidad que les brotaba de la piel; realmente me erotizaba estar cerca de ellas.

Otros cinco poetas italianos, concedores de esas playas donde el mar cálido y transparente acaricia a todos aquellos que se acercan, aceptaron complacidos la invitación para colaborar con Massimo.

Por las noches, comíamos en un excelente restaurante de pescados y mariscos, los que luego de ser digeridos volvían a nadar en nuestros estómagos

inundados por los increíbles vinos de esas tierras. Un grupo de unos quince alumnos se desplazaban junto a nosotros, casi todos estudiantes de Letras; entre ellos había encantadoras muchachas que generaban la ilusión de aventuras amorosas en algunos idiotas, digamos, en algunos de nosotros, los poetas.

Mi poema «Fantasmas», que hace alusión a la sumisión y esclavitud de la mujer, fue un buen cebo para atrapar a Sofía, que se acercó a mí, sonriente y sensual. Se vino con todas las artimañas de seducción preparadas; la pobre no se dio cuenta de que no necesitaba hacer nada; cuando se acercó yo ya la había desnudado con la vista y en ese momento me estaba imaginando sus pezoncitos rosados y su culito que le reventaba los jeans. Fueron mágicas noches en las que ella creyó haber conquistado a un poeta sensible e inteligente, mientras que por mi lado vivía un romance con una italianita que me hacía creer que yo era sensible e inteligente, un semidiós o algo parecido. Ese pensamiento trasladaba mi ego hasta la galaxia vecina.

En realidad, ella no sabía nada sobre los juegos del amor; disfruté mucho más enseñándole a coger que a escribir poemas. Aprobó Clítoris 1 con mi lengua, tal cual me confesó; y tuvo su primera experiencia de sexo anal; además no sabía cómo acariciar con la lengua y las manos el pene de su compañero; bueno, no estaba madura, pero disfruté dándole clases durante tres días a esa belleza y no me enamoré,

«porque teniendo marido, me dijo que era mozuela cuando la llevaba al río», según García Lorca.

A la mañana del cuarto día me dijo que por la tarde debía encontrarse con su prometido. Y yo, a su vez, le conté que esa noche también a mí me esperaban en Santa Margherita.

Nos despedimos con un profundo beso y puse en sus manos un pequeño poema que decía:

Gracias, muchacha, por haberme brindado estos  
días de goces y poesía.

Tu cuerpo dorado por los soles, tu rostro, tu sexo y  
tu alegría.

Antes del mediodía fui a la universidad a hacer una última lectura de poemas, saludé a mi amigo, a mis compañeros de esa divertida cátedra y a los alumnos; Sofía ya no estaba pero había quedado guardada en el cofre de mis recuerdos y de mis testículos.

Un avión me llevó de Bari a Milano y desde allí me trasladé a las costas de Liguria; Rapallo, Santa Margherita y Portofino, la zona balnearia más bella y sofisticada de Italia.

Estas playas, donde las laderas de montañas cubiertas de frondosa vegetación se sumergen en las aguas transparentes y azules del Mediterráneo, fueron elegidas como enclave favorito por la nobleza y la alta burguesía italiana desde mediados del siglo XIX. Era aquí donde, a través de casamientos pac-

tados, la alta burguesía se ennoblecía y la nobleza se enriquecía, en una danza fantástica donde se entremezclaban la lujuria, la exquisitez, la vulgaridad y las buenas costumbres.

Uno de esos pactos había sido el casamiento de la condesa Bianca Condotti Sobré y el poderoso industrial Augusto Sikorsk.

Mi mujer, dulce compañera y amiga, me esperaba en el Regina Elena, un antiguo hotel rodeado de jardines junto al Lungomare, el serpenteante camino que va bordeando el mar desde Rapallo hasta Portofino.

Nos alojamos en una suite del quinto piso cuyo balcón ocupaba parte del frente y el lateral derecho del edificio.

La vista desde la habitación era de una belleza sorprendente: el mar dominaba el panorama. Había a la derecha una marina donde se lucían yates de millonarios, estilizados veleros que invitaban a soñar travesías y coloridas lanchas de pesca, deportivas y de paseo. A lo largo de la costa, antiguas mansiones, boutiques, restaurantes, automóviles poderosos y motos también formaban parte de ese fastuoso escenario.

Vecina al hotel, enclavada entre jardines, se levantaba La Terraza, una estupenda mansión del siglo XIX de planta baja y tres pisos con espléndidas terrazas. Estaba pintada de color ocre y amarillo, con ventanales más oscuros en la misma tonalidad. Se la veía magníficamente conservada. Mientras la

contemplaba me llamó la atención que solo tres ventanas del primer piso se encontraban abiertas. Ninguna persona se asomaba, nadie caminaba por los jardines, ni frecuentaba las terrazas.

Aunque no había indicios de abandono, la contemplación del lugar producía una incómoda sensación de soledad. Allí, tristeza y belleza eran hermanas.

Cuando bajé a tomar el aperitivo, el mozo reconoció mi acento argentino e inmediatamente me habló de su ídolo, Maradona; para seguirle la corriente, dije que Diego era mi amigo. Me elevé ante sus ojos a la categoría de héroe mayor.

¡Por supuesto que no conocía ni me interesaba conocer a su ídolo!, pero quería que me diera información sobre los habitantes de la mansión y pensé que esa pequeña mentira era un buen camino para facilitar un acercamiento.

Y así sucedió.

Cuando le pregunté por la casa vecina se acercó y en voz baja me dijo que había allí mucho misterio y circulaban cuentos de visiones y fantasmas. Pensé: «Ahora este hombre me está devolviendo la mentira; Maradona versus un fantasma».

Sonreí con la mitad de la cara y le pregunté asombrado:

—¿Ma pero, é certo questo?

Y contestó:

—El que conoce bien la historia es el dueño del hotel, mi padrone, don Vittorio.

Agregó que este solía venir casi todas las mañanas y que me lo presentaría durante el desayuno, si así lo deseaba.

Le contesté afirmativamente y luego de dejarle una buena propina, fui a buscar a mi mujer para cenar en El Vetti, restaurante famoso por sus risottos de langosta.

Fue una linda noche de vinos, comidas y risas; compartían nuestra mesa algunos empresarios italianos con sus esposas; todos estaban relacionados con la industria agroquímica, de la cual yo formaba parte. Pasaban aquí sus vacaciones y habíamos quedado en encontrarnos.

(De poeta a empresario y de empresario a poeta. Un pie en la realidad y otro en los sueños, así era mi vida). Volvimos abrazados caminando por el Lungomare, esa noche alguien había colgado millones de estrellas; llegamos al hotel, hicimos el amor y dormimos abrazados. Entre la realidad y los sueños otra noche de amor conyugal.

A la mañana siguiente, en el salón del desayuno, Giovanni, el mozo, me recibió con efusión y me presentó a don Vittorio, quien amablemente dijo que me esperaba a las doce en el bar para tomar un aperitivo y contarme la historia de la mansión.

Fui al mar y aproveché para observar la casa desde otra perspectiva. Al igual que en la tarde anterior no noté ningún movimiento y solo las cortinas de las tres ventanas danzaban con la brisa matinal.

Cuando llegaron las doce, con el aperitivo en mano, don Vittorio me estaba esperando en el bar:

—Tengo poco tiempo —dijo—: Me ha surgido una diligencia inesperada, pero trataré de contarle la historia de la manera más resumida posible y por la tarde lo invitaré otro martini y seguiremos conversando.

Sonrisa y un gesto de aprobación de mi parte. Y el hombre comenzó:

—Este palacio fue construido entre 1885 y 1890 por el duque Di Como. Su nieta, quien heredó la propiedad, se casó con el conde veneciano Massimo Condotti y de ese matrimonio nació alrededor de 1946 la condesa Bianca Condotti Sobré.

»Era una niña inteligente y bonita; a los dieciséis años fue presentada en sociedad y un año después se comprometió, por presiones familiares, con el commendatore Augusto Sikorsk, poderoso dueño de fábricas de aviones y astilleros, quien cubrió generosamente las exhaustas arcas de la familia Condotti. Estas se hallaban agotadas por casi cien años de magros ingresos debido al descuido de sus tierras de labranza y al fastuoso tren de vida que llevaban.

»Sikorsk tenía casi 60 años y Bianca 19 en el momento de la boda, celebrada en el propio palacio. A los pocos días la brecha de cuarenta años había quedado hecha trizas por el inteligente Augusto, la brillante Bianca y un maravilloso entendimiento sexual. El amor crecía con los días y la felicidad de la pareja alegraba a la servidumbre, palpitaba en el aire

y una fiesta de flores y pájaros estallaba a diario en los jardines de la mansión.

—Su relato es muy poético ¿Alguna vez escribió cuentos o poesías?

—No, ragazzo, pero me hubiera gustado. No me interrumpas con cumplidos.

Y prosiguió:

—Bianca maduraba su belleza, era rubia, de ojos violetas. Largos cabellos ondulados enmarcaban su rostro de pómulos altos y nariz aguileña.

»Probando uno de sus propios helicópteros de combate, joya tecnológica de sus empresas, Augusto se estrelló en las costas de Sicilia. El accidente sucedió pocos días después de haber celebrado junto a Bianca, en su villa de Capri, los diez años de matrimonio.

»Se habló de sabotaje y asesinato por encargo, pues su empresa estaba a punto de firmar un contrato para proveer de estas aeronaves a un país del Medio Oriente. Eran aparatos tan eficientes que podía llegar a desestabilizar la conflictiva zona. Nunca se supo la verdad.

»Bianca volvió desolada al palacio. Era hija única, sus padres habían fallecido años atrás. La niña los lloró, aunque nunca le brindaron el cariño que necesitaba. Augusto sí la protegió. La cubrió con un manto de amor que le permitió superar su joven orfandad.

»Estaba sola, no tenía familia ni amigas íntimas; él la había absorbido por completo y no se había in-

teresado en cultivar amistades. En los primeros meses de su regreso la veíamos pasear distraída por los jardines y permanecer durante horas en la terraza de la sala de lectura, casi inmóvil, con sus ojos violetas perdidos en el mar, hasta que la tarde se hundía en la noche.

»De a poco, la espléndida rubia de los vestidos blancos fue desapareciendo de la vista de los demás y comenzaron los rumores de suicidio, locura, y apariciones extrañas.

»A los jardines los fue invadiendo la tristeza, los pájaros dejaron de cantar y casi toda la servidumbre abandonó la casa.

»El encargado de la mansión tenía órdenes de no hablar de la condesa. Solo supimos que un fideicomiso se encargaba de los gastos. Sueldos del personal, mantenimiento y alimentación, estaban cubiertos sin límite de tiempo.

Interrumpí su relato y le pregunté:

—Don Vittorio, ¿usted me está diciendo que hace ya veinte años que la condesa desapareció de la vista de la gente?

—Exactamente, nadie más la vio, pero nunca se anunció su muerte. Una anciana vidente que vivía en la aldea de Leivi, a pocos kilómetros de aquí, decía que Bianca había logrado pertenecer a dos mundos, era una especie de espíritu que podía llegar a corporizarse ante determinadas personas o situaciones. En los últimos años, algunos dicen que han vuelto a verla con su túnica blanca paseando por el

jardín, joven como siempre; yo no lo creo pues ha pasado ya mucho tiempo.

—¿Usted la vio?

—En los primeros años, sí. ¡Era imponente, ragazzo!

—Me sorprende lo que está contando, soy ateo, no creo en dioses, ángeles ni espíritus.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y ocho, don Vittorio.

—Yo tengo 85 y te voy a dar un único consejo: nunca niegues nada de antemano, deja que las cosas de este mundo fluyan; observa y siente.

—No se ría de mí. ¿Qué me quiere decir? ¿Que si realmente siento que la quiero ver, la veré?

—Ya tomé cinco martinis; es demasiado, me debo ir. Ciao, ragazzo.

—Adiós, don Vittorio y gracias, ahora que ando diciendo que soy escritor y no empresario, tal vez escriba esta historia y haga realidad mi fantasía.